



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

El marido de la tiple.



—«Director Correspondencia. Madrid.—Anoche debut señora Gómez de Hinojo *Dña Africana*. Entusiasmo, brutal. Flores, palomas. Abonados locos, adquisición empresa. Otra tiple señorita Pérez fracaso completo, público de punta.—*El correspondiente*.»

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada. — ¡Luz! ¡Luz!, por José Jackson Veyán. — Real orden, por Eduardo Bustillo. — La vengadora, por José Estremera. — Proyecto magno, por Juan Pérez Zúñiga. — Plutarquillo (Século), por Vital Aza. — Al perro, por Mariano Ordóñez. — Ante el juez, por Sinasio Delgado. — Libros. — Correspondencia particular. — Anuncios.

GRABADOS: El marido de la tiple. — Duelos y quebrantos (cinco viñetas). — Gala con uniforme. — Plutarquillo (cinco viñetas). — España cómica (Máscara), por Cilla.

DE TODO UN POCO.

Aunque parezca mentira, la única «diversión pública» de que han disfrutado los madrileños durante la semana, la ha constituido el entierro del Padre Zeferino.

La gente de Madrid, que se parece por los espectáculos gratuitos al aire libre, salió a la calle tan alegre como de costumbre para presenciar la triste ceremonia. Tratábase de enterrar a una de las ilustraciones más grandes de la patria, a un varón justo y modelo de purpurados: lo natural hubiera sido que se reflejase en la fisonomía de los espectadores cierta expresión de pesar, y sin embargo, la gente corría de un lado a otro para ver desfilar el fúnebre cortejo, como si se tratara de la cosa más alegre del mundo.

—¡Muérase usted para esto! — me decía amargamente un primer actor de provincias que había creído hasta entonces en la gloria póstuma y en los duelos nacionales.

Al que se muere le entierran, y después de enterrado nos vamos a ver trabajar a Manolo Rodríguez y a Pepe Riquelme.

Todo lo dicho demuestra que tengo buenos sentimientos y que no estoy conforme con esta sociedad indiferente y pueril que nos rodea.

Mientras el hombre puede dispensar mercedes y satisfacer aspiraciones, más ó menos legítimas, cércanle los pedigüños, hálanle los ambiciosos y lisoujeánle los adladores.

—¡Oh, mi ilustre amigo! ¡Qué grande es usted! ¡Qué talento tan hermoso se encierra en ese cráneo! ¡El día que usted falte, la nación se pondrá de luto riguroso!

Esto mientras el personaje vive y puede repartir bienes y honores; pero el día en que el personaje tuerce la boca y hace la última mueca, el enjambre de adladores desaparece, y si te he visto no me acuerdo.

Quiera Dios que no se muera Sagasta en muchísimos años; pero el día en que falte... ¡Bah! ¡bah! ya verán ustedes cómo los que hoy le felicitan por su discurso locos de entusiasmo y le tararean la Marcha real al verle salir de su alcoba, dicen con la mayor naturalidad del mundo:

—¡Qué se le va a hacer? Dios le haya perdonado.

Yo me moriré también, a pesar de mi insignificancia — porque los humildes también bajamos a la tumba. — y los únicos que sentirán mi triste fin serán el casero y el mozo de la cervecería.

Ha vuelto a ponerse de moda la cuestión política con motivo de los discursos vehementes del Congreso.

Siempre que las discusiones adquieren carácter personal, elevanse los espíritus, excítanse los ánimos y cunde por ahí la afición a la cosa pública.

Llevamos una temporada sin hablar del Gobierno, ni de evoluciones políticas, ni de la república; pero hace medio mes que todo el mundo discute sobre la situación del ministro Z y la actitud del diputado X, y en cafés y teatros se dice que el país atraviesa una crisis grave.

Esto de la crisis lo vengo oyendo desde que la Providencia me dotó con el uso de la razón.

A la cervecería donde tomo café asisten hombres políticos, hombres de administración y hombres de pluma, como las aves de corral, que forman grupos compactos alrededor de las mesas, y disentían a voz en cuello acerca de los asuntos del día.

Los hombres de pluma gobiernan desde la cervecería todos los teatros y expiden patentes de genio. Los políticos reforman el país, traen y llevan ministerios, imponen tributos y labran la felicidad de la patria; los de la administración enjuran el déficit.

La vida de café ha hecho ya muchas víctimas. La mayor parte de los políticos que se malogran en flor proceden de los cafés.

El hombre que se pasa la vida en su domicilio sin comunicarse con el resto de la humanidad tiene grandísima importancia a los ojos del país. Casi siempre el que calla representa el papel de pensador profundo, y cuanto más lejos le vemos de nosotros, más grande nos parece.

Si los hombres que han alcanzado en este país posiciones preeminentes hubieran concurrido a los cafés, es seguro que no pasarían jamás de las antecámaras. Porque en el café todos nos vemos de cerca y el hombre, visto de cerca, resulta muy poca cosa.

Aún recuerdo la indignación con que recibí un amigo mío, que pertenece al vulgo honrado, la noticia de que había sido nombrado director general un antiguo contertulio nuestro.

—¡Director Fulano? — exclamaba con asombro. — ¡Qué atrocidad! ¡Qué escándalo! ¡Cuántas veces le he visto en nuestra mesa, tomando café puro y guardándose los terrones de azúcar en el bolsillo!

Hay que desengañarse: para medrar, para salir de pobres, para obtener consideración y respeto, es necesario, ante todo, alejarse de los cafés.

¿Por qué no ha sido ministro hasta ahora el Regatero?

Porque siempre está en el café hablando con todo el mundo, sin darse la menor importancia.

Luis Taboada.

¡LUZ! ¡LUZ!

Respetable director de la Compañía Inglesa, Muy señor mío y de toda consideración eléctrica: Hará mes y medio largo que abrieron junto a mi puerta, calle del Pez, diez y siete, donde tengo mi vivienda y donde tiene la suya para cuanto se le ofrezca, una zanja para el cable que, bajo negra corteza, da paso al blanco flúido por la metálica vena. Yo, que de noche en mi casa soy petrolero a la fuerza y que le tengo a un quinqué más miedo que a veinte empresas y que a catorce editores y que a una tiple ligera, al ver la zanja, reñí a toda mi parentela en consejo de familia, y por mayoría inmensa se acordó sustituir sin reparos y sin treguas el aceite mineral por la lámpara moderna. Le escribí a San Juan... (no al santo que la religión venera), a un San Juan instalador, muy práctico en la materia, que no tardó ni dos días en la instalación completa. Desde entonces suspiramos en casa por la luz nueva, y ni los quinqués alumb an ni yo sé escribir a tientas. Las lámparas sin flúido parece que dicen: «¡vengal!» y en las paredes las llaves me invitan a dar la vuelta y establecer el contacto que aún el circuito no cierra. El casero me asegura

que en solicitud en regla pidió ya la acometida, que pagará por su cuenta, y yo pagaré el empalme de mi cuarto a la escalera. En la esquina colocado el transformador se encuentra. Sólo falta que usted diga «¡Vint lux!» y en hora y media nos acometen, me empalmo y salgo de las tinieblas. Señor director, ¿está tan ocupada la inglesa que no puede visitarme? ¿Pasará la modistilla por esta calle del Pez y por mi casa antes que ella? Siendo yo inglés de apellido, es muy natural que quiera que hasta la luz que me alumbre de los ingleses proceda. Pero, señor director, ¿tiene operarios la empresa, ó es necesario que ayude yo mismo a que me acometan? Si resolvió el municipio el expediente, ¿a qué esperan? ¡Señor director, sin luces no vive un hombre de letras! ¿Cómo he de escribir a obscaras ni romances ni zarzuelas, y si yo no escribo, cómo comer si no tengo rentas? ¡Nadie más necesitado! Los vecinos de la tienda, como despachan tejidos, a esos no les falta tela. ¡Luz!... ¡Luz, señor director! pues si el daño no remedia, como hoy pabloico esta carta, publicaré cuatrocientas, hasta que, aburrido, diga: «¡Alumbrad a ese poeta, siquiera porque se calle y con romancia no venga!»

José Jackson Veyán.

Duelos y quebrantos.



—Dígame usted, ¿quién es el dueño de ese corazón, para disputárselo á sablazos?
 —¡Ay, capitán! Llevaría usted la peor parte.
 —¿Por qué?
 —Porque los da de cinco mil pesetas.



—Hoy hace seis años que me faltó la pobrecita Luisa, que santa gloria haya. Es decir... puede que también me hubiera faltado antes...



—Dirán que me quejo en vano, pero tiene tres pistones que en cuanto acaba el verano me salgan en cada mano dos kilos de sabañones!



—¡Ojo, ojo, ojo! ¡No más gota!! Véase cuarta plana.» ¡Sí, sí; soy tan desgraciado que cuando quiera llegar á la cuarta plana ya me habré quedado dormido.



—Hoy vence el alfiler de brillantes, y lo siento porque era un recuerdo de Antonio, que se salió con la suya de empeñarlo... y no volvió con el dinero.

GALA CON UNIFORME.



—Perdone, usted, prenda, pero... ¿no se llama usted Concha?
 —Sí, señor. ¿Qué hay?
 —Pues nada, que hoy tiene que hacer fiestas á la Concepción con la infantería franca de servicio.

Real orden.

Pues me ha hecho buen efecto y mucha gracia la real orden del centro de Justicia, para que el criminal que vaya al palo halle en la muerte lo que no halló en vida: algo de calma y paz en la conciencia, libre de fabricantes de noticias.

Porque si me hace gracia la real orden, es porque va derecha, y á eso tira: á limpiar—sin citarlos, por supuesto—de implacables *reporters* la capilla.

Extrémense los chicos de la prensa en detalles horribles desde el día en que, por veredicto del Jurado, la sentencia fatal los jueces dictan, y más si el condenado por los jueces es un feroz y bárbaro anarquista, que del vulgar, cobarde asesinato, como de santa hazaña, se gloria.

Por delante el retrato, en instantánea, sacada á luz siniestra y mortecina, aunque luego, en el zinc emborrugada, resulte la faz torva una mentira.

Telegramas después espeluznantes, nacidos de apremiantes entrevistas, y en que se cuenta lo que piensa el reo;

lo poco que le importa la familia; su falta de fe en Dios, su odio á los hombres que acostumbran llevar camisa limpia; su gran valor al arrojar la bomba que á tantos inocentes hizo trizas; y lo que come y bebe, y las blasfemias con que á los sacerdotes desafia, y, en fin, las veces que gritó al verdugo: «Yo muero mártir... ¡Viva la anarquía!»

.....
 Pero ¿de tanto horror edificante ya la real orden que ci té nos libra? ¿Y la noble misión, la de la prensa con su imponente ley de la noticia?...

Ya lo verán ustedes. Los espesos, fuertes muros de cárcel y capilla, al paso se abrirán de los Ulloa, *reporters*: de implacable fantasía.

Eduardo Bustillo.

La vengadora.

BALADA DANESA

Caía la tarde, y al lento galope de potro ligero la tierra enemiga cruzaba cantando gentil caballero.
 La tierra antes fértil que de él y los suyos los fieros caballos hicieron estéril, de ricos colonos haciendo vasallos.
 Veloz y altanero, mirando al vencido con aire arrogante, genio de exterminio parece, y las alas el manto flotante.
 Al ver á la niña que estaba en la fuente el mozo se apea:
 «Si vienes conmigo te llevo á la grupa, que voy á la aldea.»
 «Por mí, bien iría; mas no, tengo miedo, que es largo el camino.»
 «No tengas cuidado, que yo sé una senda del bosque vecino.»
 «Marchemos.»—y al punto la niña donosa y aquel caballero, muy gentiles, oprimen los lomos del potro ligero.
 ¡Que pensarán de ella las gentes sencillas del monte y el llano al ver qué tranquila camina en el potro del fiero tirano!
 El bosque es quebrado y el mozo al caballo las riendas acorta, que el bruto es fogoso, y allí contenerle los bríos importa.
 Emprende el caballo terrible carrera y al fin se derrumba por áspera sima, y allá los viajeros hallaron su tumba.
 La fiera muchacha, queriendo á su pueblo librar del tirano, con peina de acero punzó los ijares del noble alazano.

José Estremera.

PROYECTO MAGNO

Un inglés amigo mío, de un talento sin medida, que ha inventado muchas cosas de utilidad positiva, me ha hablado ayer de un proyecto que todas las compañías de ferrocarriles deben de recibir en palmitas. Trascendental es la idea y, á falta de otra más linda, de ella voy á dar á ustedes breve y exacta noticia. Se trata de que el servicio de trenes (cosa carísima) pueda hacerse en adelante con pasmosa economía. Según los planes del *mister*, en primer lugar, podrían

las estaciones pequeñas quedar todas suprimidas, aborrándose, por lo tanto, discos, básculas, bocinas, banderas, relojes, pitos, faroles y campanillas. No harían falta las fondas. En cambio, en el tren irían vagón comedor, vagón tocador, vagón cocina, *wagons lits*, vagón de baños, vagón huerta, vagón clínica, vagón matadero y otros vagones que el tal no cita. Eso sí, no habría medio de trasportar mercancías que consistiesen en frutas, pescados y mantequillas.

Se harían grandes ahorros, pues se simplificaría mucho el personal de jefes, factores y maquinistas, y no poco del que ahora trabaja en las oficinas, desde los escribientillos hasta los jefes de línea. Los viajeros del trayecto, sin anjeción á horas fijas, siempre al tren libres de aparos á buen tiempo llegarían. ¿Pues y la seguridad ferroviaria? No es grilla:

ni un mal descarrilamiento, ni un mísero choque habría! Y, en fin, se hallaría el modo de acabar con los suicidas que gustan de hacer la mueca bajo un exprés que camina. —Pero bien (pregunté al *míster*), ¿cómo se conseguirían tales ventajas? —¡Oh! Es con (dijo el *míster*) bien sencillar formando un tren que ocupase todo el largo de la vía, desde el punto de llegada hasta el punto de partida.

Juan Pérez Sainza.

Plutarquillo.

BIOGRAFÍAS DE PERSONAJES CÉLEBRES



SÉNECA

Lucio Anneo Séneca, hijo de Marco Anner Séneca, alias el *Retórico*, vió la luz primera en la ciudad de Córdoba.

Algunos historiadores aseguran que nació el año 6 antes de Jesucristo; pero otros afirman que no vino al mundo hasta el año 2 de nuestra era.

Lo que está perfectamente comprobado es que Séneca el estoico nació muchos años antes que su ilustre paisano, el no menos estoico Lagartijo.

Mostró desde niño las más felices disposiciones para el estudio, obteniendo siempre los primeros premios en las escuelas cordobesas.

Aficionado á la oratoria, dedicóse á discursar y, alectonado por su padre—que hablaba muy bien, aunque con marcado acento andaluz,—alcanzó grandes triunfos en los colegios, declamando sobre las necesidades de la enseñanza y ventajas higiénicas de las vacaciones.

Era preciso pensar en su porvenir:

—¿Qué quieres ser, hijo mío?—le preguntó un día su padre.

—¡Filósofo!—contestó Lucio con orgullo.

—¡Muy bien! ¡Así me gusta!—exclamó Marco abrazando cariñosamente á su hijo.—Mañana mismo saldremos para Roma.

Y allá se fueron en busca de fortuna.

Hay que advertir que en aquella época el ser filósofo era ser algo.

Quisiera yo ver la cara que pondría hoy el padre que, al preguntar á su hijo qué carrera deseaba seguir, le contestara éste que quería ser filósofo... ¡No es puntapié el que se llevaba la criatura!

Pero, en fin, por algo han variado las costumbres, y alguna diferencia ha de haber entre los tiempos de Lucio Anneo y los de Rafael Molins.

Volvamos á Séneca.

Fotino y Soción de Alejandría, célebres filósofos estoicos, fueron sus maestros. El estoicismo, fundado por Zenón, sostenía que la moralidad y la virtud eran los únicos bienes de este mundo; que el sabio era un dios y que los hombres se dividían en dos clases: en buenos y en malos. Es decir, *buenos* los que sabían y *malos* los ignorantes.

Con permiso de Zenón
y de su filosofía,
yo creo una tontería
por el estiramiento.

Pues bien puede un ignorante ser un hombre muy honrado, y hay quien sabe demasiado y es, por lo mismo, un tunante.

Séneca, que, acá para inter nos, tenía mucho de *chiflado*, defendió la doctrina zenoniana con más entusiasmo, el cabe, que su propio fundador. Y pareciéndole poco esto para lograr la completa perfección, entregóse de lleno á las prácticas pitagóricas, excluyendo de su alimentación *todo lo que tuviera vida*. En una palabra, que no co-



mía carne ni pescado. Porque el hombre decía, y decía bien: «Si la metempsicosis es una verdad, ¿quién me asegura á mí que al comerme unas chuletas de cerdo ó unos ríñones de ternera, no me trago el alma de algún individuo de mi familia que no haya llegado aún á su completo estado de purificación?»

¡Preocupaciones filosóficas muy dignas de respeto! Las frutas y las legumbres eran, pues, su único alimento. Devoraba con deleite grandes platos de acelgas y se relamía de gusto ante una ensalada de lechuga.

Es de presumir que con tales viandas no echaría el hombre grandes pantorrillas.

Decidido á figurar en política, dedicóse al Foro. Pronunció algunos discursos verdaderamente notables, y hubiera llegado, con su elocuencia, á ganarse la jefatura de un partido, si el temor de excitar la envidia de Calígula, que tenía también sus pretensiones de crador, no le hubiese obligado á retirarse por el foro.

Como se ve, nuestro filósofo era hombre prudente y enemigo de cuestiones personales.

Pasaron unos años; murió Calígula y sucedióle Claudio I, esposo de Mesalina.

Séneca, con toda su sabiduría y su estoicismo, hizo entonces lo que un mortal cualquiera: pidió cartas de recomendación y solicitó un destino del gobierno.

Mesalina, que era la que llevaba las riendas del imperio, pues Claudio había quedado reducido á la categoría de un *emperador-bragasa*, concedió á Séneca el cargo de cuestor.

Cobró su sueldo tranquilamente algunos años sin que nadie pudiera reprocharle una falta en el cumplimiento de su deber, y ya estaba indicado para un ascenso, cuando empezó á susurrarse por Roma que Séneca andaba en líos con Julia-Livilla, viuda de Vicinio, uno de los que más le habían favorecido en la cuestura.

La noticia podría ó no ser cierta, pero los enemigos de Séneca se aprovecharon de ella para acusarle, y el infeliz filósofo fué desterrado á la isla de Córcega.

Por lo visto, los líos con las viudas eran considerados en aquella época como delitos de lesa majestad.

Parecía natural que un hombre del temple de Séneca soportara con resignación las amarguras del destierro; pero no fué así.

«Conservamos—dice Crevier—una obra suya, escrita en Córcega, que hace muy poco honor á su filosofía.»

No conozco esa obra (ni me importa), pero cuando Crevier lo dice...

Lo cierto es que Séneca, ansioso de lograr su indulto, se humilló hasta el extremo de dirigir á Claudio una carta en que imploraba su perdón, le colmaba de elogios y hasta le llamaba sabio... ¡Sabio el esposo de Mesalina, cuando á Séneca le costaba que el pobre Claudio era más bruto que un cerrojo!

Francamente, esto podría ser muy práctico, pero era poco estoico.

Y práctico tampoco lo era, pues Claudio se llamó andanz, y Séneca continuó desterrado.

Por fortuna para él... y para muchos, murió Mesalina y la política tomó otro sesgo.

Agripina, madre de Nerón, se casó con su tío Claudio y llamó á Séneca para que se encargara de la educación de su hijo, á quien que se eleva al imperio.

Al principio todo iba perfectamente. El chico obedecía los consejos de su preceptor y prometía ser un emperador modelo. Pero aquella felicidad fué poco duradera.

El joven Nerón tenía la piel del diablo, y harto de consejos y de filosofías, lanzóse á cometer toda clase de horrores, despidiendo al maestro con cajas destempladas.



A Séneca no le llegaba la camisa al cuerpo (se poniendo que llevara camisa, que sí la llevaba).

Y tenía motivos para estar escamado. Nerón le odiaba a muerte. Creyó ver en las doctrinas sustentadas por el filósofo una ceniza de sus vicios y mandó a uno de sus libertos, llamado Cleónice, que le diese jicarazo.

Cleónice no pudo realizar sus criminales propósitos, porque Séneca se la olió y comió sus legumbres con grandes precauciones.

La situación era insostenible. La conducta del tirano—que ya había asesinado a su madre y a otros individuos de la familia—irritó a los pacientísimos romanos.

El honrado Pisón, hombre de acción, fué el jefe de la conjuración contra Nerón. Y tenía razón.

Séneca, que por aquella fecha ya se había casado con la virtuosísima Paulina, se retiró a la vida privada, yendo a habitar una magnífica casa de recreo que había adquirido en las inmediaciones de Roma. Porque, eso sí, nuestro filósofo encomiaba la pobreza, pero le gustaba vivir con ciertas comodidades.

Decidido Nerón a deshacerse de su antiguo maestro, le envolvió en la conjura de Pisón.

Llamó a Granio Silvano, tribuno de una cohorte pretoriana, y le dijo:

—Vete a ver a Séneca, y dile de mi parte que le condeno a muerte.

—¡Señor! No está probado que Séneca...

—¡Silencio! ¡A mí no se me replica! ¡Lo he dicho y se hace! ¡Ni más, ni menos!

—Está bien; serás obedecido.

Y Silvano, seguido de sus guardias, fué a casa de Séneca.

Estaba éste muy tranquilo, de sobremesa, con su mujer y varices amigos, cuando le anunciaron la llegada del tribuno.

—Que pase—dijo en seguida, y dirigiéndose a sus comensales preguntó:—¿Qué ocurrirá?

—Alguna brutalidad del emperador—contestó uno.

Y apresó Silvano en la puerta del comedor.

—Adelante, amigo Granio. ¿Qué te trae por aquí?

—Nada agradable, amigo Séneca.

—¿Quieres tomar algo?



—Gracias. Acabo de comer.

—Pues es pronto el objeto de tu visita.

—¡Una friolera! El emperador... tú ya contes al emperador.

—¡Demasiado!

—Buena. Pues el emperador acaba de decretar tu muerte.

—¡Infame!

—¡Crue!

—¡Canalla!

—¡Anímal!—gritaron a coro los amigos.

—¡Silencio!—dijo Séneca, imponiéndose a todos.—¿El emperador me manda morir? ¡Buena, pues moriré! Así como así, hace ya tiempo que deseo abandonar esta vida miserable. Paulina, esposa mía...

—¡Yo quiero morir contigo!

—¡Corriente! ¡No me parece mal! «Preferes la gloria de la muerte y yo no debo privarte del honor de tan hermoso ejemplo».

—¡Oh, alma grande!—exclamaron los amigos sollozando.

—No lloréis, amigos míos. Voy a hacer testamento y os legaré todos mis bienes.

—¡Imposible!—dijo Silvano.—Nerón no te concede ese derecho.

—Buena, pues paciencia. Ya que no puedo dejáros mi fortuna, os lego algo que vale más: «El ejemplo de mi vida. Tomadla por modelo y alcanzaréis la gloria de la inmortalidad».

(Ya recordarán ustedes que Séneca se llamaba Lucio. Hago esta advertencia por el alguno creía que se llamaba Modesto.)

—El único favor que Nerón te concede—añadió Silvano—es que elijas la clase de muerte que quieras.

—Gracias. Es una atención que no olvidaré en mi vida. Esposa mía, pues hemos de morir, elijamos la muerte más dulce. ¡Que nos den una sangría suelta! Es decir, dos sangrías. Una a cada uno.

Y dicho y hecho. Los guardias cogieron a los esposos y les abrieron a un mismo tiempo las venas de los brazos.



Las abstinencias continuas de Séneca le habían extenuado tanto que, naturalmente, no salió sangre de sus venas. «Recurrió a un baño caliente, cuyo humo, mezclado con el de algunos licores, le ahogó». Habló mucho y muy sensatamente, esperando la muerte, y lo que dijo fué recogido por sus secretarios y publicado después por sus amigos.

Tan luctuosa escena ocurrió el año 65 de nuestra era y el segundo del reinado de Nerón.

Muchos historiadores han llegado hasta poner en duda las grandes virtudes de nuestro filósofo.

Por su conducta durante el destierro y por habersele atribuido la carta en que Nerón pretendía justificarse ante el Senado de la muerte de su madre, fué llamado por algunos «el filósofo de las grandes debilidades».

¡Naturalmente! ¿Cómo no había de sentir debilidad un hombre que sólo se alimentaba de legumbres?

Vital Oza.

Al perro.

Ya te dije, querido compañero, que, so pena de un lapo soberano, no volvieras a hundir tu blanca mano en la bullente espuma del puchero.

¡Lárgate de mi casa, marrullero! A la amistad renuncio de un alano que es almacén de pulgas en verano y en la estación lluviosa estercolero.

Lárgate de mi casa; nada pierdes, pues ya te nombrarán las gentes sabias que con halagos pífidos embobas:

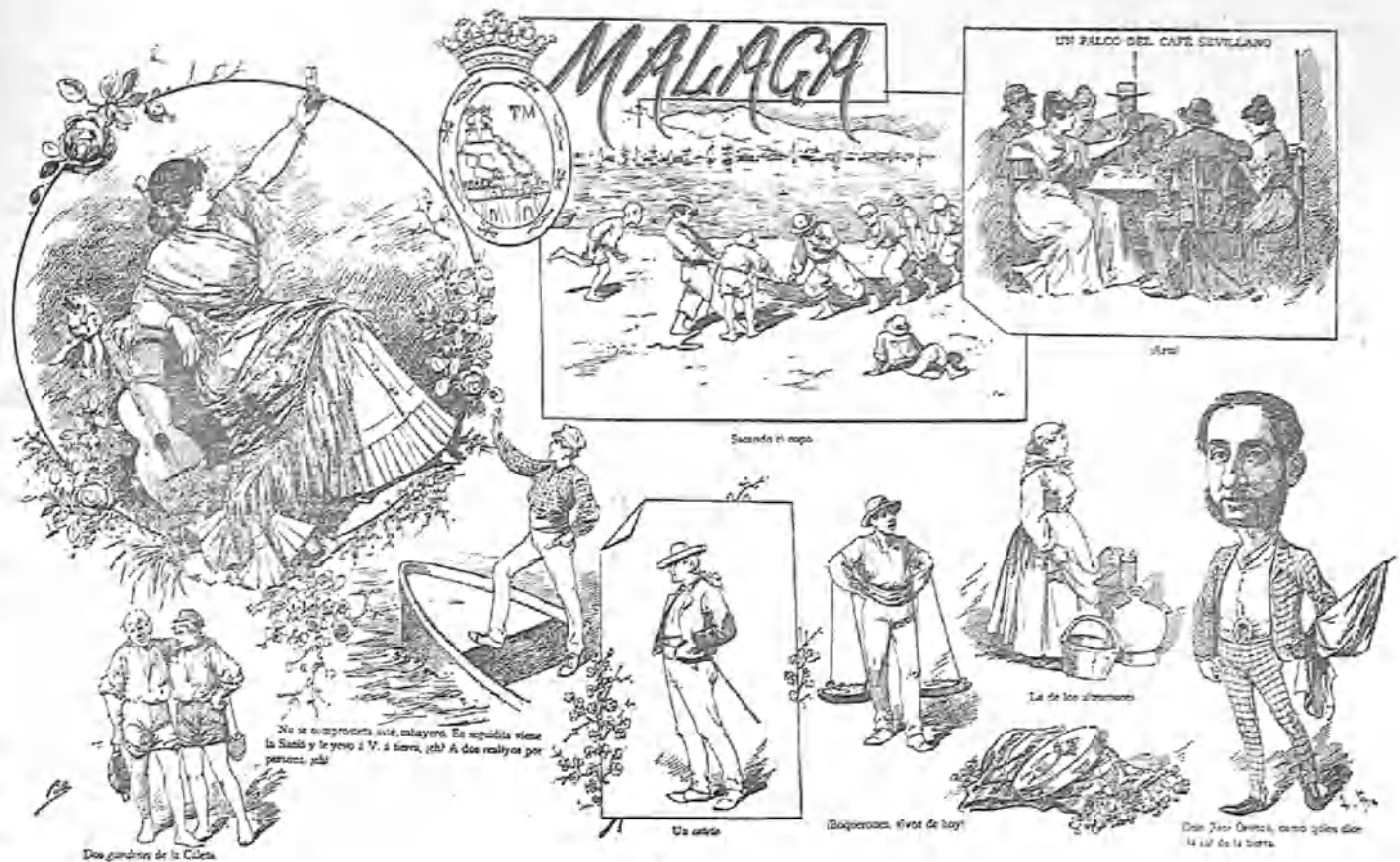
compañero del hombre... porque muerdes;

defensor de su vida... porque rabias;

y guardián de su hacienda... porque robas.

Mariano Ordóñez.

ESPAÑA CÓMICA.



Ante el juez.

—Ello fué porque e. i. la obra, Gorgonio, que es un boceras, me llamó *morrall...* del todo; ¡morrall!, así como saena. Póngase usá en mi casc; me quemó la palabreja, y le dije, digo: «Mira, ven á decirme eso fuera». Y él dijo, dice: «Paes vamos». Dejamos las herramientas, y fuimos con cuatro amigos, ú cinco, ú media docena, á darnos cuatro morradas para lavar las ofensas, como hacen los ciudadanos honraos que tienen vergüenza. Pero nos vieron los guardias, se maliciaron la greca y, sin más, nos han traído poco menos que á la fuerza. Y esto es lo que á mí me puede, y me carga, y me revienta, con perdón, ¡que no se tire pa toos igual de la caerdá! Porque habrá usá leído como yo, y como cualquiera, que hace poco en el Congreso se armó una marimorena porque se quemó un ministro

muy cabullero y etcétera con un diputao, no menos caballero, por las señas, y le dijo: «¡Salga usá!» y el otro dijo: «¡Paes, eal!» Y entre dimes y diretes andavieron de cabeza todos los demás ministros, los señores de la mesa, y la melicia, y el clero, y el pueblo, y la clase media. Y á todo esto, no fué un guardia con sus formas incorreztas á decirles:—«¡Alto el carro! que el Código tiene penas pa los que se desafían aunque luego se arrepientan», ni trajo á toos los que andaban metidos en la faena para que usá en el azto les cantara las caarenta. De modo que usá ahora podrá decir lo que quiera, pero yo le digo á usá que si toas las leyes esas se han hecho pa que perdamos un jornal de dos pesetas un servidor y el Gorgonio... son unas leyes... de pesca.

Sinesio Delgado.

LIBROS

Marinucas, de D. Fernando P. del Camino, forman el volumen IV de la Biblioteca ilustrada de autores contemporáneos, que con extraordinario gusto y elegancia publica nuestro amigo el Sr. Díaz Quijano. *Marinucas*

son unos admirables estudios de puerto de mar, y aun de mar adentro, interesantes y bien desarrollados. Los dibujos que avaloran el libro, originales del mismo autor, son verdaderamente notables.

Catálogo de los grandes almacenes de El Siglo, de Barcelona.

La voz de mando, juguete cómico en un acto, en verso y prosa, original de D. Angel Alfaro y D. Enrique Laque, estrenado recientemente con buen éxito en el Teatro de la Comedia.

Alonso Gofín, leyenda histórico-novelesca, por D. Pablo Hurtado, distinguido literato de Mérida, que demuestra en ella excelentes dotes de novelista. Precio, 2 pesetas.

El cuidado de los niños, avisos y consejos para tratarlos en el estado de salud y en las enfermedades, por el célebre monseñor Kneipp, versión española de D. Francisco G. Ayuso.

Real Almanaque para 1895, entretenido y curioso sobremanera, como demuestra el siguiente aviso de la cubierta: «Le llamamos real, porque de realismo y realidades se compone; además del santoral, contiene pensamientos, cuentos, tres críticas en entremés por no dejar de ser español, aunque una está en francés, y cerca de cien grabados. No hay ninguna inmoralidad, lo cual únicamente advertimos para que no hojeen el libro los que las busquen; siendo moda francesa llenar de ellas los de esta clase».

Almanaque Kneipp para 1895, 2.º año. Precio, una peseta.

Paca la florera (lío madrileño). Por poquísimo dinero puede el curioso lector enterarse de este lío y apreciar, en cerca de 200 páginas de interesante y amena lectura, las dotes de escritor distinguido que muestra su autor el notable médico D. Francisco Vinyals.

La *Paca* se halla en las principales librerías á disposición de los lectores de buen gusto, quienes pueden llevársela á casa, previa la entrega de cuatro miserables reales.

Apuntes de aritmética mercantil para la contestación al cuestionario del programa de ingreso en los destinos administrativos de la Compañía Arrendataria de Tabacos, por D. Antonio Sacristán y Zavala. Obra utilísima para los opositores á dichos destinos. ¿Qué dónde se halla de venta? Pues en las principales librerías. ¿Qué cuánto cuesta cada tomo? Tres pesetas nada más.

Almanaque Bailly-Baillière para 1895. Va pareció por fin el almanaque que habíamos soñado tantas veces, el *Almanaque enciclopédico*, pasando revista no solamente á los fenómenos astronómicos dentro del año, sino también á todos los conocimientos humanos, haciendo el inventario de nuestros progresos, de nuestros descubrimientos, explicándolos y popularizándolos por medio del grabado y de los mapas.

A la utilidad diaria de un calendario, que indica los trabajos de los campos y de los jardines, anunciando los días de lluvia y de buen tiempo; á la

utilidad práctica, respondiendo á todas las necesidades diarias, etc., etc., la dirección de este almanaque ha tenido la idea ingeniosa de añadir un compendio de historia universal y de literatura y un resumen de geografía con 10 mapas en colores. Contiene igualmente un tratadito de aritmética, simplificado por los ejemplos, un compendio de gramática española, un diccionario español-francés, de manera que se puede, gracias á este almanaque, recordar en un minuto una fecha, un nombre, la posición de una ciudad, una regla de aritmética ó de gramática olvidada, etc.

El *Almanaque Bailly-Failliere* resume en sus 3.000.000 de letras y 450 páginas de texto una costosa biblioteca de libros especiales. En el capítulo «Arquitectura y Bellas Artes» se indica la manera de construir una casa y tratar con los contratistas; se dan tarifas de precios corrientes, planos, etc. En el capítulo «Nuestro dinero» está explicado con mucha claridad el complicado mecanismo de las operaciones bursátiles y lo que hay que hacer en caso de pérdida de valores.

Varias páginas y láminas de grabados están dedicadas á la economía doméstica, á la mejor manera de calefacción, á las instalaciones eléctricas caseras, á las herramientas del aficionado, etc.

Bajo el epígrafe «Nacimiento, matrimonio, defunción» se indica lo que la ley ordena en esos tres grandes períodos de la vida. Las ciencias ocultas, «la frenología, la quiromancia, la grafología, el magnetismo, el hipnotismo, la magia, la criptología», son explicadas en unas cuantas páginas acompañadas de grabados.

Madrid ocupa una sección especial, con su plano; tiene una guía completa de los correos, telégrafos y teléfonos, un itinerario de las líneas de tranvías, indicaciones útiles sobre las administraciones, instituciones benéficas, museos y bibliotecas, etc.

Todavía hay en este almanaque universal capítulos referentes á la agricultura, al arte veterinario, á la medicina (nuestras enfermedades y remedios), consejos útiles á los viajeros y una tarjeta de identidad, para la cual el Sr. Compañy hará gratuitamente un retrato de cada comprador del almanaque, y dos suscripciones gratis durante un mes á dos periódicos de modas, *La Moda Elegante*, de Madrid, y *La Mode Pratique*, de París. ¡Todo ello por 1,50 pesetas!

Cuentos, de Enrique Sepúlveda, forman el volumen II de la Biblioteca ilustrada de autores contemporáneos. De este precioso libro se ocupó oportunamente Taboada en sus crónicas. Cuesta, como los demás tomos, 2 pesetas.

*

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Raspilla.—La carta está hecha con novedad y sus toques de ingenio. No así todo lo demás, que adolece de vulgaridad manifiesta.

Un singaro.—No son detestables ni mucho menos. Al revés. La del zagal está bien hecha y tiene carácter el estilo, pero el asunto es de un género pasado de moda. La otra, además de este defecto, tiene el de que el romance no está todo lo cuidado que fuera menester. Se le escapan á usted con frecuencia versos demasiado flojos, y aun algunos consonantes que no deben serlo.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL

TAPIOGA TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta al día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPECHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1934.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 sup.º

Teléfono 934.

Sr. D. F. G. C.—Valencia.—Se aprovechará algo.
Maimón Mohatar.—¡Hombre! ¿Otra vez lo de *La sobrina del cura*? Alá te perdone el delito de haber perdido el tiempo sin pizca de gracia.

Sr. D. J. H.—No están mal, pero carecen de novedad.

Un poeta en ciernes.—La única posible es la primera, pero ¡ay! es de un verde muy rubido.

Sr. D. G. A.—Madrid.—Mal arreglo tiene, porque el *quid* está en el asunto falto de gracia.

Sr. D. F. A.—Yo bien quisiera complacerle á usted, pero, desgraciadamente, parecen mal hechos de propósito. ¿Lo serán, Dios mío?

Un minero.—¡Es tan poquita cosa!

Mis.—Triste, pero no es eso lo peor, sino que no es buena además.

Un malandrín.—Vaya un pedacito:

«Caminando por áspera sierra
que el África cría
van dos mozos, los dos muy imberbes
sin hombre ni guía.
Y subiendo los dos por la caesta
llamada del Rol
dan dos saltos, estiran las piernas,
y miran al sol.»

¿No parece todo eso guasa viva, pura y tangible? ¡Pues puede que no lo sea, demontre!

Rictosos.—Los versos están bien, pero... no dicen nada.

Sr. D. J. G. T.—¡Cristo! ¡Qué fuerte es la idea, y qué descarnada y dura la forma!

Circa.—Hombre, digo señora, explicar ahora lo que significa *dijido* es ofender á la reanión. Me parece.

Mariano.—¡Haya usted de la vulgaridad como del león de Mallen que va á luchar en la plaza mañana, si Dios quiere!

El cuco.—Medianilla... desgraciadamente.

Sr. D. A. R.—Los versos personales son propios de álbum ó abanico; no para el público, á quien no pueden interesar.

El hermano del poeta.—¡Vaya un hermanito bromista que tiene usted! ¡Pues no le ha engañado haciéndole creer que eso es un soneto!

Rampón.—Picantilla es la idea. Y además de picante, un sí es no es gastada.

¡Ojalá!—Pues... es el caso que de los cinco no puedo aprovechar ni siquiera uno.

P. + P.—No sé si usted sabrá que no podemos admitir artículos. ¡Lo he dicho tantas veces!

Cacorro.—Sí, señor; sirven para el almanaque... de 1935, si Dios nos da salud y vida.

Sr. D. R. T.—Son de principiante efectivamente, y lo dan á conocer demasiado.

Fray Q. K. ñs.—También para el álbum de la interesada.

Sr. D. I. F.—Se pasan de inocentes. Hay que dar á esas cosas alguna más intención... sin correrse demasiado, por supuesto.

Sr. D. J. V. C.—¡Ni en la *Correspondencia particular* caben! ¡También es desgracia!

Sr. D. M. R.—¡Dios le conserve á usted el buen humor para guasearse de su sombra, compadre! ¡Ah! el dibujo tiene gracia... y malicia.

Un paisano.—Es ingeniosa de verdad, pero un poquito irreverente para la Santa Madre Iglesia.